

Don Pineda:

UN TANTO MARCHA ATRÁS. He tratado de llamarte; no es posible.

El Gobierno (no sé que Ministerio) les negó la financiación de los videos a Martha y a Miryam; razón por la cual ellas no podrán asumir todo el compromiso inicial, por ahora. Es indispensable que hables con ellas. Al menos los 17 millones que se habían solicitado para lo de animación y otras cosillas que dependían de Peña, Sanabria y mi persona, vuelan. Se trataría de salvar lo tuyo ajustándolo al mínimo.

Ellas continuarán buscando una financiación, pero por ahora creo que sólo serán posibles dos de los cuatro videos que se pensaba inicialmente, sobre la base de lo que ya se filmó.

Se ha convenido una reunión definitiva para el 26 viernes por la mañana. Todos podemos. Esperamos que tú puedas confirmar.

Un abrazote y que te sigan lloviendo felicitaciones por la muñeca y por el cangrejo.

Los caballeros andantes que eran unos tipos que iban de torneo en torneo para cosechar premios, recibían estatuillas de plata o de oro y ellos, por supuesto, no tenían vitrinas para coleccionarlas. Las volvían pedacitos y con eso le pagaban al escudero para que les mantuviera a punto el equipo, gastaban un jurgo en cebo de cabra para el engrase, pagarle al posadero (con la Maritornes incluida, que la Dama que le suministraba la insignia era para amarla de lejos), al talabartero, al tabernero, al herrero... Pregunta ¿Se podrá hacer lo mismo con la India?

Urbina

MITO Y PLUMERÍA EL VUELO DEL CHAMAN

Por Fernando Urbina Rangel

LOS MURUIS Y MUINANES, como muchos otros pueblos amazónicos, domesticaron numerosas especies de aves, si bien en un estadio intermedio, por cuanto no han logrado su reproducción en cautividad.

Paujiles, tentes, pericos, tucanes, loros, guacamayas... estos tres últimos han sido altamente apreciados en razón de los muy variados objetos rituales que se confeccionan con sus plumas. En el pasado se prefirió el recurso de desplumarlos periódicamente en lugar de cazarlos cuando se requería para alguna ceremonia, si bien la consecución de materia prima nunca ha sido un obstáculo, dada la abundancia de ejemplares salvajes y las muy eficientes técnicas de caza.

Los Murui y Muinanes no son en la actualidad artífices notables de plumería, como si lo son los grupos tucanos, por ejemplo. Sin embargo, y siguiendo el hilo conductor de la tradición oral, antiguamente estos adornos, unidos a los dientes de tigre y a muchos otros, sirvieron como objeto de comercio.

Conviene, no obstante, anotar que el pasaje mítico en que figura expresamente el intercambio de hachas por collares y coronas (Historia de la traída del hacha) es algo que debe ser tomado como “malicia”, porque es bien conocida la práctica antigua de pagar con seres humanos la mercancía, ya fuera ésta la más antigua –hachas de piedra–, o la más reciente –hachas y machetes metálicos–. En el primer caso es bien posible suponer que las personas objeto de comercio fueran entregadas con muchos adornos por cuanto iban destinadas al sacrificio ritual, que lejos de considerarse una afrenta era visto como algo muy honroso, // por cuanto el sacrificado se convertía en mensajero de los hombres a los dioses. Este complejo de creencias es prácticamente universal. En los grupos amazónicos el sacrificio ritual iba acompañado generalmente de la acción canibalística. Hay mitos, entre los Murui y Muinanes, en que el sacrificio es expuesto al Dios de la violencia, el sanguinario Jutsíñamuy, simbolizado oír el sol rojo del crepúsculo //, para que lo devore. Igual ocurre con el ritual encubierto que figura en el mito de Dìjoma // en que la doncella lujosamente adornada es `engullida por la serpiente, Madre del agua, complejo éste similar al observado en la región maya (Chichén Itzá) que no incluía el canibalismo.

Cuando la acción comercializadora europea y criolla llega a las regiones amazónicas, se extiende la práctica de intercambiar utilería metálica por seres humanos con destino, no ya al sacrificio ritual, precedido de una honrosa y generalmente larga y cómoda permanencia dentro del grupo sacrificador, sino a la tortura lenta y denigrante del trabajo forzado a que eran sometidos como esclavos. En este punto el sujeto y su adorno sagrado perdieron su función original para el grupo receptor, pero no para el dador, por cuanto la acción global del intercambio se consideraba una alianza que el indígena creyó poder mantener también con la “tribu de los blancos”, tal como la había formalizado con otras comunidades.
(Pineda C.).

En relatos que aluden a hechos ocurridos a comienzos del siglo y que recogí entre los Muinanes de Araracuara, figura expresamente uno en que el dueño de maloca entrega a su propia hija, intercambiándola por hachas metálicas, que eran tenidas como tesoro extraordinario, asegurándose así una alianza indudablemente beneficiosa tanto para él, que podía renovar la mercancía, como para el comerciante blanco, que de esa manera entraba en tratos muy fructíferos con la comunidad indígena. Esta fue la manera pacífica como se llevaron a cabo algunos contactos. Las más de las veces prevaleció la violencia: la razzia bárbara. De todas maneras, la primera fórmula resultó también desastrosa para el indígena, pues a la larga abrió el camino de una modalidad de esclavitud: el sistema de endeude, cuya obligatoriedad pasaba incluso a las generaciones que no habían hecho el contrato inicial. Fue la forma más vil como los caucheros –portadores de la “civilización” – explotaron a su favor el sentido comunitario que tenía la alianza para los aborígenes. (Pineda C.).

La “malicia”–, a que hago referencia (supra), se plantea porque se ha utilizado mucho el eufemismo consistente en designar al esclavo por el traje. Así, en la Guajira, en alguna novela de tema etnográfico que leí hace tiempos,

la trata de indígenas esclavos se denominaba “comercio de mantas guajiras”, sin especificar, claro está, pero sobreentendiendo que debajo de cada manta iba un indio. Tal puede ocurrir aquí con los “adornos del sacrificado o del emisario”.

Conviene, pues, distinguir varios tipos de intercambio: utensilios por personas destinadas al sacrificio ritual, utensilios por familiares (hijas) destinadas a sellar alianzas y utensilios por esclavos tomados prisioneros ex profeso por los mismos indígenas en guerras intertribales. De todos modos, los civilizados europeos y criollos utilizaron el sistema ya existente del intercambio de gente por manufacturas allí donde no pudieron adelantar sus acostumbradas correrías de pillaje.

Es bien difícil establecer una generalización en cuanto al uso y comercio de la plumería. De darse este comercio, debió de hacerse sobre las condiciones impuestas por una ritualización que hacía del acto no un simple intercambio sino una alianza. Y esto porque hay grupos como los barasanas y cofanes en los que, mientras permaneció plenamente en vigencia su cultura, nada podía ser más contrario al espíritu de sus creencias que el intercambiar adornos rituales por objetos o dinero. Aún recuerdo un episodio de mi viaje (1965) entre los cofanes del río Guamués, el primero que hacía entre comunidades indígenas: taita Anselmo casi muere de angustia cuando Susana –una de las integrantes de la expedición del curso de etnohistoria de la Universidad Nacional– alargó la mano para tocar su “corona de yagé”. Nos explicaba después el anciano que, por ser mujer, de haberla tocado, el “poder” residenciado en el atuendo hubiese sufrido grave merma. Además, por ningún dinero u objeto habría cedido esta corona, pues el sentido de su existencia como chamán estaba compenetrado con ella. Pude obtener a cambio de mi machete, hamaca y cuchillo, algunos objetos eran “simples adornos”, es decir, que no estaban consagrados; en sentido estricto no contenían poder ni identificaban a nadie, eran “cosas de muchachos”, eran “cosas de juego”. Muchos años después cuando el profesor Lucena –director de la expedición– retorna a la comunidad para medir el impacto causado por la explotación petrolera en la zona, encuentra al mismo anciano, ataviado con todas sus magníficas //, recorriendo a pie la carretera con la esperanza de que se presentara un comprador ocasional de su atuendo. ¿Sería también un juego? ¿O ya la deculturación había hincado de tal manera el diente que ya nada importaba? Sin embargo, los recursos que el indígena tiene en ese campo parecen casi infinitos. No es raro que ante los requerimientos de la sociedad de consumo que consume “típicos”, adopte el indígena una estrategia tal de ocultamiento que termina por reducir lo propio a lo que el “civilizado” quiere, persistiendo no obstante en su tradición fundamental, íntima, mediante la adopción de íconos que no llaman la atención. Pienso, en este momento, en otro momento de mis viajes. Fue entre los orgullos y espléndidos embebas del río Catrú. A Angelino Tapí, el máximo chamán de la zona, con quien trabé gran amistad, le regalé el final de mi estadía la machetilla, una pieza artesanal no corriente por su hermoso acabado. Don Angelino me obsequió su bastón más antiguo, aquel con el que aprendió a dominar sus primeros espíritus servidores (jais). Esto ocurría en 1973, y yo ya no era un buscador de exotimos sino alguien profundamente respetuoso del mundo indígena, ante cuya diáfana

sabiduría y recia humanidad me inclinaba y me inclino reverente. De inmediato le dije que, si bien me halagaba su generosidad, prefería que él conservara ese tesoro. Me replicó que no, que me lo daba para recordarle y como pago (alianza) por la machetilla. Me dijo también que no me afanara (seguramente supuso que mi rechazo de debía a temor), que ya todos los miles de espíritus que obedecían a ese patrón (bastón) los había transferido a la machetilla, la que ahora imperaba sobre innumerables jais; así, yo no corría el peligro de enfermar por falta de pericia en su manejo y que, además, era mejor de esa manera, porque dondequiera que él iba si llevaba el bastón la gente caía en cuenta de que él era el brujo, en cambio nadie sospecharía al ver la machetilla. Añadía que le resultaba más útil para amenazar a la Madre agua –espíritu negativo– y defenderse de ella, debido a su doble función de patrón de espíritus y arma cortante. Después de darme esas explicaciones y volviéndose hacia su nuera. Dijo: “cuando yo muera, debes poner mi machetilla al pie mío, y si no sus jais se volverán contra ustedes”. Espero que mi regalo repose al lado de Angelino, así como su bastón estará siempre conmigo.

Creo que estos episodios es bueno consignarlos para llamar la atención sobre que desgraciadamente pasa muy a menudo por lo alto no sólo al común de los mortales llenos de prejuicios, sino a muchos etnólogos que también resultan muy comunes: el hecho de la extraordinaria capacidad de nuestros indígenas para perpetuar su tradición básica, camuflándola. Esto les ha permitido persistir y aún renacer a pesar de la bárbara acción de la sociedad dominante, cuya característica estructural ha sido un narcisismo extremo que le impide respetar todo lo que no se parezca a ella.

Una “historia de castigo” de los Murui y Muinanes: El hombre que se volvió águila.

Si bien resumir un mito es tan atrabiliario como sintetizar un poema o una canción, lo hago con la seguridad de la pronta edición de buena parte de estos relatos.

Dijoma es un gran cacique. Quiere iniciarse, hacer el camino, el “estudio” de la boa, para saber que hay en el mundo acuático manejar esos poderes. Dentro del proceso de aprendizaje infringe la dieta sexual. Lo que ya se había formado en él de boa cae de su frente al bañarse y se convierte en una culebrita que sus hijas encuentran en la quebrada donde ha caído sin que Dijoma se dé cuenta. Llevan el animal a la casa y lo depositan en diferentes recipientes vacíos, cada vez más grandes y cada vez se llenan de agua, pues la boa es la Dueña-del-Agua. Finalmente, puesta eran hoyo en la tierra, lo va agrandando hasta convertirlo en una laguna. La más hermosa de las hijas de Dijoma la alimentada con bolas de almidón especialmente. El día en que Dijoma hace baile para que toda le gente conozca la mascota de sus hijas, el animal devora a su cuidandera junto con el almidón que éste le ofrece. Dijoma, que quiere vengar a su hija y recuperar los atuendos rituales que llevaba el día de la tragedia y en los que reside su poder, se deja devorar por la

bestia. Recupera los tesoros y procede a rasgar lentamente el costado de la serpiente.

Sufre al hacerlo, porque a quien hiere es a su propio espíritu. El animal inicia un largo recorrido por todos los ríos, nominándolos, hasta llegar al mar. En ese recorrido devora a muchas personas que navegan en canoas llenas de productos hortícolas y todo va a parar en su vientre. Bebe de todas las aguas (ríos) con la intención de ahogar a su verdugo. Del mar regresa agonizante, del mar que queda en el oriente. Llega al sitio de partida, donde Dìjoma termina su labor dándole muerte y saliendo por el costado roto. La hija sobreviviente consigue que el padre reparta segmentos del animal. Las gentes que los reciben obtienen de paso sus nombres como naciones: serán los Mirañas, los boras, los Murui, los diversos grupos de Muinanes, los brasileños, los peruanos, los colombianos, los gringos, los enanos... todos los pueblos. La sección central de la boa no se reparte: ese gran fragmento dará lugar al manguaré, el tambor sagrado. Dìjoma planea venganzas. La infidelidad de su mujer durante la ausencia lo impulsa a la siguiente metamorfosis: se convertirá en águila con el concurso de la paloma, que lo instruye en los secretos del vuelo. Empolla un huevo hecho con almidón que obtiene de la Yuca-de-la-boa, y cuando nace la cría la alimenta con presas humanas: su mujer, el nuevo marido, los integrantes de la tibu de la infiel y hasta de los miembros de su propia comunidad.

Reunidos los que sobreviven y guiados por el espíritu del yagé, descubren la causa de los males y planean la destrucción del comegente. Vencido al fin, despedazan su cuerpo y, siguiendo las instrucciones del mismo Dìjoma, de sus miembros fabrican los instrumentos musicales y los atuendos que se emplean en la ceremonia del Yadico, baile que el propio sacrificado recomienda para sellar su acción. El Yadico es un ícono, un trono ahuecado que representa la Canoa-Serpiente, el Árbol de la Yuca, el Principio de la Creación, el Origen de las Tribus, el pilar central invisible de la casa-templo comunal.

EL HOMBRE Y EL PAJARO

En una oportunidad centré la atención en los aspectos que tienen que ver con el vuelo, en la relación hombre-pájaro. La ocasión no era otra que el despliegue muy merecido que obtuvo la muestra de Arte Plumería de los indígenas del Brasil. Nuestro objetivo actual: hacer que algunos colombianos aprecien la plumería de nuestros pueblos aborígenes y la contextualicen un tanto dentro del horizonte mítico donde adquiere cabal sentido.

Porque es en el relato mitológico donde, indudablemente, se constelan las experiencias significativas de una cultura y dónde el sentido del objeto ritual se hace diáfano en las metáforas del discurso.

El mito de Dìjoma, del que se encuentran numerosas variantes entre los Murui y Muinanes, cae dentro del grupo de las “historias de castigo”, nombre con el que designan aquellos relatos en que se narran acciones fallidas, fracasos, intervenciones negativas que atentaron contra lo humano, visto como el punto en que la armonía cósmica adquiere su plena realización. En ellas

figuran especialmente animales “peligrosos”, categoría que no se mide tanto por su peligrosidad real con relación al hombre, como por ser aquellos a los que recurre el hechicero (Aima) para atacar a sus enemigos. La enfermedad es achacada a la acción de un animal, contenedor natural del hombre en la dialéctica cósmica desencadenada por la acción del brujo. El contexto mitológico es el que confiere en definitiva la menor o mayor peligrosidad a un animal. Quizás lo más que podemos decir al respecto es que un animal resulta más peligroso que otro según estos factores: posibilidad de domesticación –los más domesticables son los menos peligrosos distancia de de nicho ecológico respecto de la maloca o casa ceremonial (Reichel)– el más lejano es el más temible si su actividad es diurna o nocturna –los animales diurnos son menos negativos–; si construyen nidos o habitan en cuevas– la cueva es un ámbito nocturno por excelencia–, y si son de agua, del aire o del ámbito humano, como también el más lejano o cercano en el tiempo, ya que los primordiales constituyen un mayor peligro.

El águila se emparenta con el mundo de arriba, en el que se hallan las estrellas. Por su acción caníbal se vincula con Jutsíñamuy, el dios violento, y adquiere por esto un sentido terriblemente peyoritario, por cuanto la peor infamia es comerse a la gente, atentando contra la comunidad, o contra la alianza tanto más, por su acción individualista. Hay que tener en cuenta que el canibalismo, incluso el ritual, aparece fuertemente condenado dentro de los mitos Muinanes especialmente, no sabemos si por influencia de una transculturación– la antropofagia efectiva se reemplaza– o bien como exigencia de normas autónomas, tales como la de que todos los grupos son iguales por provenir del mismo origen. Esta tradición que cimentaba una ética “intencionalita” no fue común a todos los grupos –los caribes por ejemplo–, veían a los demás como animales como figuras de hombres. Lo cual justificaba su consumición.

El mito muestra que la acción ritual de adornarse con atuendos de águila tiene razón de ser en tanto que domina la acción del comegente. No tiene la función de apropiarse de su fuerza, su virtud, para hacer lo propio, sino neutralizar su poder con la acción comunitaria del baile. Como acción individual si se puede adoptar la personalidad del comegente. Claro está que entre los grupos Murui y Muinanes existen atuendos que buscan expresamente identificar al oficiante con los poderes benéficos simbolizados por algunos animales: el guacamayo, por ejemplo, o el loro, figuras solares, que representan el sol limpio, dador de vida, contrario al sol sanguinolento del crepúsculo; o el gavián, que en otro mito aparece simbolizando la fuerza de los Muinanes; gavián que asciende hacia el Sol Claro para beber su fuerza y desciende rauda como viento a agarrar la Sierpe en que reside el secreto de los nombres de las tribus.

Quisiera hacer alusión a otros aspectos más particulares del mito. Detengámonos en la acción de la paloma. Por ser habitante permanente de la chagra (huerto) y no de la selva, establece con el hombre una cercanía que le permite servir de intermediaria entre lo humano y “lo otro” (R. Otto) el Sol Caníbal.

La paloma cumple este papel en una doble dimensión: en cuanto al plano horizontal, dado que la paloma vive más cerca de la maloca, y al plano vertical, puesto que vuela a una altura menor que la habitual del águila, símbolo de Jutsíñamuy. La presencia de esta categoría de la intermediación es en extremo preeminente dentro de la sistemática de los Murui y Muinanes. Tal parece que el cosmos no fuera otra cosa que la suma de mediaciones en todos los planos: el grupo en relación con los otros, mediatizados por la donación de la mujer que se entrega como esposa para ser consumida (sexualmente), o del “huérfano” (Pineda C.) que se intercambia para ser consumido dentro del sacrificio... ellos siempre tendrán las propiedades de todo intermediario: ser y no ser parte. El hombre y el animal se mediatizan a su vez por el atuendo ritual; el hombre y los dioses se unen por la intermediación de la planta sagrada, donde las Fuerzas, y por el gesto (rito) y la palabra (mito) que reencarnan al demiurgo. Al fin de cuentas la intermediación es la esencia de la cultura frente a la inmediatez del instinto (Scheler). Para terminar esta parte, otro mito. La historia de la traída del chontaduro. En él el cangrejo termina por entregar la palma al hombre de una manera legal, sustrayéndola del ámbito de los peces a quienes pertenecía: la doble naturaleza –acuática y terrestre– del cangrejo hace posible su acto.

EL VUELO DEL CHAMAN

En todos los mitos se esconden elementos, frutos de antiquísimas experiencias fascinantes que, a pesar de estar refundidas y elaboradas de acuerdo con las necesidades culturales posteriores, quedan allí fosilizadas, permitiéndonos al analizarlas asomarnos a etapas muy antiguas de la aventura humana.

El mito, en su maravilloso ocultar y desocultar, está siempre lleno de caminos, como toda elaboración simbólica.

Es ya lugar común considerar que los sistemas de creencias amerindios tienen como esencia el chamanismo (Furst, Metramx). Lo que no es claro es si las estructuras fundamentales de la ideología que les es propia vinieron a América o nacieron en ella al ritmo de circunstancias similares. El punto medio que integra estas dos direcciones parece el camino apropiado y permitiría dar razón, con mayor cabalidad, acerca de las muy grandes similitudes existentes entre el chamanismo de los pueblos uralo-altaicos y el amerindio; similitudes que no se pueden reducir a influencias recientes, (Eliade) pero que encuentran un remoto antecedente en las etapas paleolíticas del viejo mundo.

El sistema chamanístico ha sido uno de los más afortunados y hasta es tentador pretender reducir a sus formas la variedad de la experiencia religiosa; tentación a la que no se debe sucumbir, por cuanto toda reducción termina por empobrecer la vida. Si es evidente el extraordinario alcance de la experiencia chamánica que se puede rastrear hasta en filosofías tan elaboradas como la platónica que resulta en buena parte su quintaesencia. Si algo han tenido de

definitivas para Occidente las doctrinas de El Griego son por su enraizamiento en los viejos arquetipos (Jung) cuya presencia es la clave de lo humano.

Si ponemos entre paréntesis (Hassere) la dimensión etnohistórica en que se da el mito que vengo comentando, encontraremos en él los aspectos fundamentales que tipifican el chamanismo, al menos, tal como lo caracteriza Mircea Eliade. “éxtasis provocado por la ascensión al cielo o por el descenso a los infiernos”, con el aditamento muy desarrollado, por cierto, del vuelo. Es pertinente, de todas maneras, decir al menos de pasada que la fórmula del famoso autor de El Chamanismo bien puede ser invertida, máxime si se tiene en cuenta el papel que desempeñan los alucinógenos, tanto exógenos como endógenos, que al provocar un estado no-ordinario de conciencia (Castañeda) permiten el ascenso o el descenso mentados. El éxtasis se produce por la invasión de “lo otro”, de lo insólito. Su grado menor es la admiración. El hallazgo que se logra es el del sí mismo pero en un ámbito en el que se totaliza, en el que se globaliza, ubicándose. Se da con la identidad, cuando el hombre se experimenta como hermano de lo absolutamente otro.

Ese punto de plenitud comunica un poder tal, que ya es posible retornar a la situación cotidiana y resolver los problemas de la partía. En los Rafues, palabras míticas por excelencia entre los Muruis y Muinanes, el mundo con sus problemas se torna pequeño y manejable una doble perspectiva: la visión que permite el vuelo más allá de lo inmediato y la comprensión que se logra al ubicarse en un conjunto: en el Conjunto.

La plenitud de sí mismo que se obtiene en el encuentro con lo “lo otro” está, sin embargo, condicionada por la finalidad de la acción. No se trata de encontrarse por encontrarse, ni mucho menos encontrar “lo otro” para derivar de allí una fuerza que se ha de utilizar en el beneficio personal, individualista. Es en la dimensión del beneficio comunitario donde el acto del chamán adquiere su razón de ser. La acción de Dijoma no busca otra cosa que una venganza extralimitada. Su acción es solitaria, aislada, se realiza en el secreto de la chagra, sin más testigo que el animal guía. En cambio el bebedor del Yagé coloca su indagación en función de los otros; hace su vuelo para buscar la solución de un problema que afecta a todos: encontrar la fórmula que permita aniquilar al comegente.

Si bien la acción en sí misma es individual, se realiza con el apoyo de la concurrencia, en la casa comunal.

EL AGUILA Y LA PALOMA

La maestra de vuelos, la sabedora de distancias es la paloma. Ella es quien le confecciona a Dijoma el plumaje. De hojas lo construye. Son muchas las que emplea en el arreglo, pero son tres las que permiten en definitiva construir el vuelo: las hojas de coca, hojas de yuca y hojas de tabaco. Lentamente se las va adosando al cuerpo, que resulta cada vez más enjuto y liviano a causa del prolongado ayuno. Agita sobre el iniciado sus alas, para conferirle los secretos del aire, y lo hace carretear y sacudir los brazos en una danza que prefigura vuelos altos.

Coca. Yuca. Tabaco. La planta que abre la inteligencia, que ahuyenta el sueño del dormido para permitir que el sueño del despierto sea luminoso. La planta que alimenta, que da fuerza, que sostiene lo terrígeno del hombre. La planta que permite el vuelo largo al país infinito de los sueños.

Así, Dìjoma puede volar. Pero su obra es nefasta, Es un caníbal rompedor de alianzas. Es un ser que devora su propia carne: la carne de su gente. Debe morir. Y muere.

Pero el mal que ha hecho debe ser reparado; al menos, algo debe quedar como recuerdo y advertencia de su acción inicua para que los hombres no vuelvan a intentar recorrer los caminos solitarios que no beneficien a la comunidad, Sus despojos serán repartidos: de su plumón se harán apliques para el cuerpo de el danzante; de sus penas de cañón más grueso se construirá el capador para el baile; de los huesos, la flauta que recuerde su grito de venganza; de sus grandes plumas se hará la corona que lucirá el bailarín en la fiesta del Yadico, la gran ceremonia comunal en la que el Dueño de la maloca sella ese camino de desgracias que inauguró Dìjoma, el solitario.

Así,
así quedó la historia
de Dìjoma el cacique
el que dio origen al güio
tragador de doncellas, el que aprendió a volar
para tomar venganza
el que fue repartido
entre la gente
para hacer la corona de plumajes,
el capador del baile.
la flauta y el adorno.